

del Padre. Se citó también la carta del Papa Hormisdas al Emperador Justino, en la que se dice en términos espresos que es propio del Espíritu Santo proceder del Padre y del Hijo, sin que los griegos reclamasen contra esta espresion.

A esta respuesta replicó Barlaam: „Si no se puede persuadir á los griegos, que profesen como los latinos este artículo del símbolo, permanezca cada uno en su creencia sin perjuicio de la union. Eso no se puede tolerar (le dijeron sin detenerse y de comun acuerdo): la Iglesia católica no tiene mas que una creencia, y si no se opusiese al error, pareceria que lo aprobaba. Sin embargo, propuso el Sumo Pontífice otro medio, á lo menos para preparar la union. Reunan vuestro patriarca y vuestro Emperador (dijo á los diputados griegos) á los que tienen por patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem con sus obispos, su clero y los seglares mas principales, y elijan algunos sábios para enviarlos con legitima y suficiente autoridad, á fin de que conferencien con los comisionados de la santa Sede, no por espíritu de disputa, sino con la intencion sincera de instruirse.”

„Lo que propone vuestra Santidad (replicó Barlaam) no me parece posible, á no obrar Dios un milagro. No podria el Emperador declarar el deseo que tiene de reunirse con vosotros, sin esponer su vida á un peligro manifiesto. ¡Tal es aun el furor del pueblo y de muchos grandes que recuerdan las violencias tiránicas de Miguel Paleólogo! La iglesia

de Constantinopla por otra parte no os enviaria legados sin el consentimiento de los demás patriarcas. ¡Y cuántos obstáculos se ofrecen aquí! Dificil es reunir estos prelados á causa de la guerra: es incierto que quieran venir, y aun mas que se conformen en enviaros legados. Dado el caso de que conviniesen en esto, es verosímil que no admitierais vosotros las condiciones con que los autorizasen.” Barlaam añadió sin embargo, que á pesar de estas dificultades trabajaria cuanto le fuese posible en beneficio de la reunion, y se despidió para regresar á Grecia. Debe colocarse esta tentativa en el número de otras muchas que solo sirven de mostrar las justas inquietudes que experimentaban por lo menos los griegos virtuosos en sus errores cismáticos. Debemos notar que en todo el tiempo que duró esta negociacion, no dió el Papa á Andrónico el título de Emperador, sino solo de moderador del imperio, por no perjudicar á los derechos de Catalina de Courtenai, que se llamaba Emperatriz de Constantinopla. Por una consideracion semejante en favor de los latinos, patriarcas titulares de oriente, no dió nunca el nombre de patriarcas á los que estaban en posesion de las sillas de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalem.

21. Tenian entonces ocupados todas las regiones del mundo á los romanos Pontífices con negocios de todas clases. Vióse obligado el Papa Benedicto en el año en que se celebró esta conferencia con los griegos, á reprimir en los confines de Alema-

nia la ambicion de los religiosos militares del órden teutónico. Casimiro III, Rey de Polonia, ó por mejor decir, los estados de esta nacion se habian quejado en la corte de Roma de que el gran maestre y los caballeros de aquella poderosa órden habian invadido con mano armada, y se obstinaban en retener las posesiones mas considerables del reino de Polonia, y entre otras la hermosa provincia de Pomerania (1): „esto motiva (decian) un gran daño á la iglesia romana, como tambien á nuestro reino, que se gloria de ser su tributario y de no reconocer otro superior despues de Dios.” Envió el Pontífice, de acuerdo con los cardenales, dos nuncios para que, informándose de la verdad en el pais de donde provenia la queja, corrigiesen los abusos.

Citaron ante sí al gran maestre Thierri de Aldemburgo, con los hermanos teutónicos, y en particular á veinticinco comendadores. Compareció en su nombre el procurador de la órden, protestando contra la comision de los nuncios, y apelando de ella al Papa, se retiró con precipitacion sin despedirse. Juzgaron los comisionados ilusoria esta apelacion, acusando en debida forma la rebeldía del gran maestre y de los comendadores. Declaráronlos despues escomulgados, y los condenaron á restituir las tierras invadidas y los frutos que habian percibido desde su invasion, con reparacion de daños y perjuicios y pago de costas. Regularon el principal en ciento noventa y cuatro mil y quinien-

(1) *Dlugos. lib. 9. pag. 1043.*

tos marcos de plata, á lo que añadieron mil y seiscientos marcos para las costas. Mas tratando con unos religiosos armados, en un todo distintos de los solitarios pacíficos de los tiempos primitivos, era mucho mas fácil pronunciar la sentencia que ponerla en egecucion. No fue obedecido el Papa Benedicto, y en el pontificado siguiente los caballeros teutónicos, sostenidos por Luis de Baviera, obligaron á la dieta de Polonia á que les abandonase definitivamente la Pomerania.

22. No tuvo mas ventura Benedicto con Pedro de Aragon, instituido Rey de Sicilia por el testamento de su padre Federico, que habia convenido en virtud de un tratado con el Rey de Nápoles, en cederle esta isla al tiempo de su muerte, sin transmitirla á sus propios descendientes (1). Declaró el Papa que Pedro de Aragon y los demás hijos y herederos de Federico no tenian derecho á esta posesion, y mandó que se restituyese á Roberto, Rey de Nápoles, como verdadero feudatario que era de la Iglesia. Hasta aquí usó el Papa legítimamente de su derecho de soberanía sobre los reinos de Nápoles y de Sicilia. Mas confundiendo despues el poder espiritual con el político, escomulgó al Rey Pedro. ¡Tan difícil es aun á la virtud desvanecer del todo las nubes de ciertas preocupaciones! (\*)

(1) *Rain. ann. 1339. num. 44.*

(\*) Duraban aun en tiempo de Benedicto XII las disputas sobre el reino de Sicilia, pero la casa de Aragon hacia reconocer

El Rey de Aragon Pedro IV, llamado el ceremonioso, manifestó á la santa Sede mas respeto que el de Sicilia, en unas circunstancias á la verdad muy distintas; pues no se trataba mas que de rendir al Papa un homenaje de ceremonia por lo respectivo al reino de Cerdeña, á cuyo efecto pasó en persona á Aviñon, recibió con docilidad muchas advertencias que le hicieron acerca de su conducta personal y en orden á la demasiada libertad que concedia en su reino á los judíos y á los moros con riesgo de escandalizar y pervertir á los débiles. Parece tambien que en esta conferencia se tomó la última resolución para la cruzada que publicó el Papa en España dos meses despues contra los moros de África (\*).

de día en día mas claramente sus derechos, y por los sucesivos enlaces que hubo entre los Príncipes de Sicilia y los descendientes de Roberto de Nápoles, quedaron concluidas todas las diferencias, y reconocidos los herederos de Pedro de Aragon por legítimos Reyes de las dos Sicilias.

(\*) Los principios de Pedro IV de Aragon fueron muy turbulentos. Habia sucedido á su padre Alfonso IV, que murió á la edad de treinta y siete años llorado generalmente de todos por su dulzura y rectitud, á 24 de Enero de 1336. La Reina viuda y madrastra del nuevo Soberano pretendia sostener algunas donaciones que habia arrancado á su esposo en favor de su propio hijo D. Fernando, y en perjuicio de la corona. Ganó partidarios, y declaróse abiertamente contra D. Pedro; pero despues de algunas reyertas de poca monta, por la mediacion del legado pontificio y de algunos grandes se ajustó la paz y se sosegaron las turbulencias, con lo que pudo el Rey aplicarse á los graves negocios del reino que llamaban su atencion.

El Mahomet, Rey de Granada, estrechado por los egércitos cristianos, habia pedido socorro en el año 1332 á Albohacen, Rey de Marruecos (1). Envióle este Príncipe tropas mandadas por su hijo Abomelich, quien por espacio de muchos años logró diferentes victorias contra los fieles (\*). Mas en fin pe-

(1) *Marian. lib. 16.*

(\*) El principio de esta guerra pertenece al año 1333, en el que el arzobispo de Toledo, D. Gimeno de Luna, celebró un concilio en Alcalá de Henares el día 13 de Enero. De sus actas no tenemos otra memoria que el prólogo, publicado por el cardenal de Aguirre, tom. 5, pag. 264. Por este fragmento sabemos, que asistieron los obispos de Sigüenza, Palencia, Osma, Jaen, Segovia y Cuenca. Ignórase lo que se trató en él, solo conjeturando se puede decir que se hicieron algunas exhortaciones para la guerra con que Abomelich principiaba ya á inquietar á España. En efecto, habia pasado el estrecho, y tomado el título de Rey de Algecira y Ronda, y en el mismo mes de Enero comenzó á combatir á los pueblos y gentes vecinas, de concierto con el Rey moro de Granada. Todas las victorias de este caudillo africano (aunque diga Berault que consiguió diferentes contra los fieles) están reducidas á la toma de Gibraltar y á algunas talas que hizo en las tierras de Medina-Sidonia y Jerez. Mas en número y mas considerables fueron las que de él y sus moros consiguieron en los años siguientes los cristianos; pues le derrotaron un destacamento de mil quinientos caballos en Lebrija, los que quedaron casi todos tendidos en el campo; y despues de algunos parciales triunfos, destruyeron en 1339 todo su egército junto al rio Patute, donde fue muerto el mismo Abomelich habiendo perdido diez mil moros y todo su real y bagaje. Ortiz, lib. 10, cap. 15.

Durante la guerra con Abomelich, dirigió el Papa Benedicto XII á los prelados de Castilla y Leon y á su Rey D. Alfonso una notable exhortacion con fecha de 12 de Marzo de 1335,

reció, y su ejército fue del todo derrotado por el general del Rey de Castilla, Gonzalo Martinez, acusado despues de traicion, degollado y quemado. Albohacen, furioso con la muerte de su hijo, y valiéndose para vengarla del método que se usaba en las cruzadas, envió por toda el África á los musulmanes mas devotos, á fin de exhortar á los pueblos á que tomasen las armas para la defensa y acrecentamiento de la religion de sus padres. Juntó por este

para que con el mayor celo y atencion procurasen corregir los abusos, desórdenes y escándalos que amancillaban la religion de aquellos reinos. Movido de esta carta pontificia, juntó el arzobispo de Santiago un concilio en Salamanca, que se terminó en 20 de Mayo del mismo año. En el epígrafe se intituló *arzobispo por la gracia de Dios y de la Sede apostólica*, fórmula comun en nuestros tiempos, pero no usada en aquella edad, como advirtió el erudito Mabillon. Decretáronse en el concilio diez y siete capítulos importantes: en el tercero se fulminaron graves penas contra los clérigos públicamente concubinarios, y la excomunion con la pecuniaria de cincuenta maravedís á los que les diesen sepultura. Se prohibieron las ventas públicas en los dias festivos y en las témporas: renovóse la prohibicion de los matrimonios clandestinos, y la constitucion del concilio vienense, celebrado en el pontificado de Clemente V, en orden á los impedimentos del matrimonio. Vedóse tambien á los fieles que llamasen para la curacion de sus enfermedades á los judíos y sarracenos, y que alquilasen á los mismos casas inmediatas á los cementerios. Finalmente, se resolvió castigar á los usureros con pena de excomunion. Véase Aguirre, tom. 4, pag. 584 et seq. En la misma época, á saber, en el año 1339 se tuvieron otros dos concilios para la reforma de las costumbres, uno en Toledo bajo la presidencia de su arzobispo el gran D. Gil de Albornoz, y el otro en Barcelona, en que presidió el cardenal de Rodez, legado apostólico. Id. *ibid.* pag. 609 et seq.

medió hasta setenta mil caballos, y cuatrocientos mil infantes, con una escuadra de mil doscientos y cincuenta navíos, y además setenta galeras.

Reunieron sus fuerzas para oponerlas á este diluvio de infieles los Reyes de Castilla, Aragon y Portugal, y á instancias del de Castilla que era el que corria mas riesgo, concedió el Papa la cruzada, no solo para estos tres reinos, sino tambien para los de Navarra y Mallorca, esto es, para toda la España cristiana. Tambien consintió en que en estos dominios se echase mano de los diezmos eclesiásticos por espacio de tres años, con la condicion de que en el terreno de que se despojase á los moros se habian de fundar iglesias catedrales con el clero correspondiente y otras iglesias menores, segun lo exigiesen los casos y la importancia de los lugares (1). Para remover los peligros de la comunicacion futura entre los fieles y los musulmanes que inquietaba al Papa Benenecto, ordenó que en los lugares conquistados en que quedasen moros, no se les permitiese ir en peregrinacion á la Meca, ni llamar á hacer oracion, pronunciando en voz alta el nombre de Mahoma; y determinó tambien que en todas estas conquistas se pagasen los diezmos y primicias para la subsistencia de los eclesiásticos (\*).

(1) *Rain. ann. 1340. num. 42.*

(\*) La peticion de esta cruzada como tambien todos los demás preparativos para la guerra contra Albohacen, fueron decretados

23. El ejército de Albohacen, tan respetable por las provisiones de todas clases, como por el número de combatientes, gastó cinco meses completos para llegar á España. Puso por último los pies en la plaza de Algeciras á la orilla del estrecho de Gibraltar, con cuyo motivo censuraron ágríamente la conducta de Guilberto, almirante de Aragon que mandaba la armada de los cristianos, y queriendo reparar entonces su falta, acometió imprudentemente á los infieles, arruinó su propia escuadra y perdió él propio la vida en el combate. Lejos de acobardarse los fieles con un principio tan infáusto, sintiéronse animados de un valor irresistible, como que se fundaba en la confianza que ponian en el Dios de los ejércitos. Los dos Reyes de Castilla y de Portugal, el uno hijo y el otro nieto de la Reina Santa Isabel, acercáronse á Tarifa, sitiada por los Re-

en las cortes que tuvo el Rey D. Alfonso en Sevilla en 1340; en las que despues de un largo debate entre los que deseaban la paz á toda costa y los partidarios de la guerra, se resolvió vencer ó sepultarse bajo las ruinas de España: ; tan grande era el poder y tan terrible el aspecto que presentaba la nueva invasion de moros al mando de Albohacen enfurecido por la muerte de su hijo Abomelich! Solicitóse tambien por decreto de las cortes la alianza con Aragon y Portugal y con la república de Génova, de donde vino una armada de quince galeras al sueldo de Castilla. Todos estos preparativos se hicieron en la primavera del año 1340: los marítimos fueron muy desgraciados, pues á mas de la armada derrotada en el combate que diera el almirante aragonés, se perdieron otras dos escuadras de Castilla en dos borrascas, cuyas pérdidas se resarcieron despues combinando los restos de la armada castellana con las de Aragon y Portugal.

yes de Marruecos y de Granada, y formaron sus tropas en las cercanías del Salado, rio eternamente memorable por esta batalla. Confesáronse al romper el dia y comulgaron, en lo que fueron imitados de la mayor parte de los combatientes. No se apartó Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, del lado del Rey de Castilla durante la refriega; habia otros obispos en medio de las filas para sostener la confianza religiosa del soldado, y un caballero francés, comisionado por el Papa, llevaba la señal sagrada de nuestra redencion, que era el principal estandarte. Los batallones mahometanos quedaron en pocos momentos tan desordenados y consternados todos, que los cristianos no perdieron mas que veinte hombres. Hay una variedad prodigiosa en los historiadores acerca de la pérdida de los infieles. Supone Villani que consistió en veinte mil hombres (1), y los españoles aseguran que no bajó de doscientos mil: diferencia enorme, pero que puede provenir de la adición ó subtracción de un cero en el cómputo que se nos ha transmitido. Sea lo que fuere, lo que no se puede dudar es que los cristianos hicieron una infinidad de prisioneros, y se apoderaron de todos los efectos de campaña y de inmensas riquezas. Huyó precipitadamente el Rey de Marruecos á ocultar su confusion en los desiertos de África. Continuó Alfonso de Castilla la guerra con felicidad en los años siguientes, ganó muchas batallas por mar y por tierra, y obligó al

(1) *Vill. lib. 9. cap. 19.*

Rey de Granada á que le entregase la plaza de Algeciras como una llave propia para darle entrada en los estados de aquel vecino inquieto, siempre que le conviniese (\*).

24. Sujetó el Papa Benedicto á los boloñeses por

(\*) La gran victoria del Salado se ganó el día 30 de Octubre de 1340. No nos es posible dar en una nota la relacion circunstanciada de cuanto ocurrió de memorable en esta célebre jornada; puede esta verse en nuestros historiadores, singularmente en el fidelísimo y exacto compendio de Ortiz, mientras que nosotros nos ceñiremos á hacer algunas observaciones sobre las palabras de Berault. Y en primer lugar, aunque aparezca muy enorme la diferencia entre las pérdidas de ambos egércitos, es cierto hasta no poderlo dudar, que perecieron doscientos mil moros. El mismo Albohacen confesó despues, que de todas sus tropas que ascendian á setenta mil caballos y seiscientos mil infantes, halló de menos despues de la batalla cuatrocientos mil hombres. La crónica del Rey D. Alfonso XI que sube á doscientos mil el número de los muertos, hace un paralelo de esta victoria con la que Alfonso VIII ganó en las Navas de Tolosa contra el Miramamolín, el año 1212, y concluye diciendo que ambas se deben tener por maravillosas, y por obras del poder de Dios, que queria ya librar á la España del yugo de los infieles. El modo con que se dió la accion, el haber acometido á la vez por diferentes puntos al egército mahometano, la confusion que se originó en él por la pérdida de los reales que inopinadamente atacó y prendió un destacamento cristiano, la aparicion de las fuerzas que cautelosamente habia enviado el Rey de Castilla á Tarifa, otros cien acontecimientos, favorables todos á los cristianos, infundieron á los moros un terror pánico; y entregados estos á desordenada fuga, pudieron los fieles acuchillarlos muy á su salvo, y hacer en ellos tan horrible destrozo.

Llegados los Reyes de Castilla y Portugal á Sevilla con sus egércitos, fueron recibidos en triunfo por el clero y pueblo entre las mas festivas aclamaciones, entre las que no tuvieron poco

unos medios no menos eficaces, aunque mucho mas análogos al ministerio y al carácter pacífico de que estaba revestido. Envióles al principio un internuncio para exhortarlos paternalmente á que conociesen y enmendasen su falta. Mas no siendo suficientes las demostraciones de benevolencia y de dulzura para calmar la fermentacion que continuaba agitando los ánimos, revocó por una bula formal todos los privilegios de la universidad de Bolonia, y ordenó pena de excomunion, así á los estudiantes como á los profesores que se resistieron á ella. Obedecieronle: y como con este golpe se privaba á aquella ciudad de casi todo su esplendor, y se

lugar las lágrimas de alegría y los cánticos de hacimiento de gracias al Dios de los egércitos. El botin que traían los Reyes era inmenso, y se puede en algun modo conjeturar la suma de la presa, de que en los reinos de España y Francia bajaron la plata y el oro la sesta parte del valor comercial que antes tenían. El Monarca portugués regresó, acabadas las fiestas, lleno de gloria á sus estados, acompañándole el castellano hasta Cazalla de la Sierra.

El caballero Juan Martinez de Leiva, que habia ido antes á la corte pontificia á implorar la indulgencia de la cruzada, fue de nuevo enviado á Aviñon con un rico presente para el Papa Benedicto. Llevábale el pendon real que Alfonso tuvo en su mano durante la batalla, el mismo caballo que montaba en la accion adornado con riquísimos jaeces, otros veinticuatro caballos y veinticuatro banderas tomadas á los moros con número considerable de esclavos. Súpose esto antes que Leiva llegase, y salieron á recibirle los cardenales con innumerable pueblo á dos leguas de Aviñon. Llegados ante su Santidad, mostró Benedicto un extraordinario regocijo, bajó de su solio, tomó en las manos el real estandarte, y entonó entre lágrimas de alegría el him-